

## GABRIEL VALDES

RICARDO LAGOS  
Ex Presidente de Chile

Parafraseando a ese brasileño ilustre que fue Darcy Ribeiro en un homenaje a Salvador Allende, puedo decir con propiedad también, escribo sobre un hombre digno. Porque esa palabra dignidad es lo que refleja la vida de Gabriel Valdés. Asumió un liderazgo en materia de política internacional con la dignidad de lo que él entendía era lo adecuado para su país y para la región. Fue un vocero de una política exterior ejercida con dignidad frente a los grandes y a los chicos. Ejercida con dignidad para expresar los puntos de vista, con fuerza y claridad. A ratos, en medio de la incompreensión de un mundo bipolar en donde las relaciones internacionales tendían mucho más al sometimiento a uno de los bloques que a la capacidad de pensar con independencia. Fue allí donde Gabriel Valdés hizo sus primeras grandes armas.

Cuando luego de cinco años de ejercer la Cancillería bajo el gobierno de Eduardo Frei Montalva en la segunda década de los sesenta del siglo pasado, al convocar al Consenso de Viña del Mar tuvo el encargo natural de sus pares para que dicho Consenso se planteara directamente a los Estados Unidos. Habían pasado años desde la Alianza para el Progreso de Kennedy y América Latina sentía que debía tener un diálogo concreto y real con el gran vecino del norte. Para Gabriel Valdés este Consenso de Viña del Mar representaba un poco la culminación de lo que habían sido sus largos años al frente de la Cancillería chilena. Entendía, como el que más, que la política exterior se hace desde la región donde un país está inserto.

Por ello le dedicó tantos esfuerzos para integrar a los países en torno a lo que él denominó el Pacto Andino, esto es, los países que en torno a la Cordillera de los Andes hacían de ésta una Cordillera para tener una mirada común: Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Este Pacto Andino era una integración política y también económica. Era una integración que dio como origen una política de salud y una política educacional en torno a instituciones para estudiar específicamente estas áreas e intercambiar fructíferas experiencias. Era también una forma de poder tener un planteamiento común respecto de nuestros otros vecinos de América del Sur. El Pacto Andino fue sin duda una instancia de integración que marcó un antes y un después en los múltiples esfuerzos que en esta materia ha hecho América Latina.

Pero Gabriel Valdés estaba conciente que el ejemplo de un gobierno demócratacristiano en América del Sur era también entendido por muchos como una forma de hacer contrapeso a la figura, al ejemplo y a la revolución que se iniciaba en Cuba bajo el liderato de Fidel Castro. Es aquí donde Gabriel Valdés, junto con admirar lo que ocurría allá en esa isla, no podía dejarse atrapar por el síndrome de la Guerra Fría que implicaba que hubiere verdaderos polos de influencia de uno u otro gran poder sobre territorios de nuestra América. Teníamos que tener dignidad, independencia.

Fue lo que demostró Gabriel Valdés, al oponerse Chile a la invasión de República Dominicana en 1965. Entendía también que Chile tenía que abrirse más a Europa. El fue el artífice de esa gira, para aquellos años, un tanto inusitada, con visitas de estado a la Reina Isabel y al General Charles de Gaulle y a los gobiernos de Alemania, Italia y otros países europeos como Bélgica. Esa visita del Presidente Frei fue tal vez un punto de partida en la manera como Chile comenzaba a abrirse paso en el mundo.

Una anécdota puede revelar el actuar del Canciller Valdés. Cuando, después de la muerte del Che Guevara en Bolivia, los lugartenientes de ese ejército, más soñador que realista, terminan refugiándose en Arica, en esa ciudad del norte de Chile. Piden asilo y luego ellos plantean que tal vez estarían mejor en otro lugar, de preferencia Europa. ¿Pero dónde ir sin que sean detenidos? Es difícil porque en América del Sur había orden de captura para ellos. Fue en una reunión de trabajo en la Cancillería cuando el jefe de gabinete de Valdés, el diplomático Ramón Huidobro, le insinuó “porqué no explora ministro con un país limítrofe de Chile como es Francia”. Cuentan la sorpresa que esto produjo entre los que estaban en la reunión. Cómo Francia va a ser país limítrofe de Chile! Sí, sí, insistió Ramón Huidobro. ¿Por qué no los mandamos en un avión directamente a Tahití, previa conversación con el gobierno francés? Y así se hizo. Valdés que siempre mantuvo excelentes relaciones con Francia, obtuvo el acuerdo de la Cancillería francesa. En aquel entonces el Presidente del Senado de Chile era Salvador Allende quien acompañó a estos guerrilleros hasta su destino Tahití. Y desde allí, por cierto, Francia se las arregló para que se fueran a Europa. Es una anécdota de la forma “innovadora” de hacer política internacional, el entender que el Pacífico o los océanos no están para dividir sino para unir. Y de esa manera Gabriel Valdés podía argumentar que Chile efectivamente tenía fronteras comunes, si bien separadas por el mar con Francia.

Y luego, al dejar la Cancillería y asumir la Dirección Regional del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, dio la primera de sus batallas en dicho organismo para exigir autonomía en la forma como esos recursos se administrarían en beneficio de la región. Y ahí estuvo entonces el Canciller ahora transformado en funcionario internacional, pero capaz de mirar desde allí el horizonte de las grandes tareas de la región. Por eso le dio tanta importancia a crear las condiciones para el desarrollo de las ideas de progreso social, porque pensaba que en último término son ideas las que llegado su momento se convierten en acción. De allí su esfuerzo por el desarrollo de las ciencias sociales, las artes, la cultura todo lo cual tenía que ver con su convicción profunda que en política exterior, como en tantos otros campos, hay que abrirse a las nuevas ideas y a las nuevas realidades. Fue en ese cargo en Naciones Unidas, que conocí más profundamente a Gabriel Valdés. Disfruté de su hospitalidad en su casa en Larchmont. Lo aquilaté en toda su valía como ser humano excepcional, amante de la vida, las artes, la conversación. Era un humanista en todo el sentido profundo de la palabra.

Después de diez años en Naciones Unidas regresa a Chile y encabeza la lucha contra la dictadura. Fue esa una decisión natural en él. No necesitaba explicar a nadie, que si regresaba era para que Chile volviera a ser un país

democrático. Entonces ese hombre digno se convirtió en su ciudadano fiero. Fiero para defender las libertades. Fiero para defender las tradiciones democráticas de Chile y fiero también para sostener que la democracia se recuperaba por las vías propias de un sistema democrático practicando la no-violencia. Era difícil de explicar en medio de la oscuridad que vivía Chile, pero primero como jefe de su partido, el demócratacristiano y luego como incansable luchador para coordinar las fuerzas de la oposición, Gabriel Valdés supo ser líder e intérprete en su momento de los anhelos más profundos del pueblo de Chile.

Esa foto cuando Pinochet entrega el mando al Presidente electo Patricio Aylwin, y donde es él, el Presidente del Congreso quien toma el juramento al nuevo presidente. Creo ese es el momento donde Gabriel Valdés se encuentra con la historia de Chile. Con posterioridad, desde el curul del senado siguió siendo el mismo de siempre, cuya palabra era escuchada, respetada, seguida.

Cuando hoy esta América Latina despierta de una manera más asertiva de su nuevo rol tras esta gran crisis en el mundo, cuando las miradas se vuelven a estos países "emergentes", pero que parece que ya emergieron, entonces América Latina tiene que aprender de este hombre digno a plantearse ante el mundo con la fuerza de esta nueva realidad regional que empieza a caminar hacia su mayoría de edad. Falta hace en esta nueva etapa un Gabriel Valdés. Sus enseñanzas serán el derrotero por el cual otros continúen caminando en la senda que él trazó con tanta fuerza en la región.

Gabriel Valdés intuyó la globalización como fenómeno al terminar la década del sesenta. Entendió que América Latina tenía que hablar con una sola voz. Esa fue la enseñanza profunda del Consenso de Viña del Mar de 1969. Y es con una sola voz que exigió ser respetado en Washington para ser escuchado. Entendió que hablar con una sola voz era una decisión política. Entendió que había un conjunto de temas que de otra manera como región no podríamos tener un camino con identidad propia. Había seguido con mucho entusiasmo lo que fue la lenta construcción de la Europa de post guerra desde la comunidad del carbón y el acero hasta lo que es hoy la Unión Europea. América Latina ha hecho tantos esfuerzos que, por desgracia, ha sido más bien una retórica de integración que acciones concretas. En eso fue incansable, como incansable fue también en exigir reglas del juego y un sistema de gobernanza a nivel global que permitiera nivelar la cancha en donde compiten económicamente las distintas sociedades y países. Esa cancha desnivelada es lo que hace tan difícil la tarea de Latinoamérica para insertarse a plenitud en el mundo de hoy. Pero también entendía que América Latina tiene una identidad propia a través de su imaginario cultural. Por eso la pasión que ponía en este ámbito a ratos descuidado por los políticos nuestros sin entender que a la larga, es lo que permanece. El gobernante por definición es transitorio en una democracia. En cambio, es la creación, la innovación, es la cultura, lo que trasciende. Cultura lo que, al decir de un autor, es lo que el ser humano ha sido capaz de poner entre la tierra y las estrellas. Por ello, se le escuchaba en todos los ámbitos vinculados a la cultura con la propiedad de aquel que la ha absorbido profundamente sea en la literatura o en la música, en la pintura o la escultura, en el cine o en el teatro. Había una capacidad y un deseo de saber que lo iba

transformando lentamente en alguien que era grato escuchar. Tenía por todos y cada uno de los países latinoamericanos un cariño profundo, y se acercaba a ellos en primer lugar a través de sus creadores culturales.

La búsqueda de un sistema de gobernanza más justo a nivel mundial era el motivo último de sus desvelos. Y hoy, el mundo que emergerá de esta crisis será distinto de aquel que existía antes. No me cabe duda que van a emerger normas diferentes, relaciones distintas, un mundo en donde el peso económico tiende a inclinarse hacia oriente. Surgirán equilibrios distintos a escala planetaria, en muchos frentes, sea en lo militar, en lo económico y en lo cultural. ¿Cómo se mueve América Latina dentro de esta nueva realidad? Es allí donde las enseñanzas de Gabriel Valdés son tan importantes y donde estoy seguro que muchos volveremos nuestra mirada a lo que fue su pensamiento, sus escritos y la acción que permeó su obra. Todo ello nos ayudará a encontrar la forma para adentrarnos con más certezas en este nuevo orden mundial que se esboza ya en el horizonte.